

75 AÑOS LA VID

Memoria, agradecimiento y enseñanza. Esperanza, comunión y vida.

Homilía del P. Alejandro Moral Antón, OSA. Prior General de la Orden de San Agustín (OSA). Vitense (1955) e Hijo predilecto del pueblo.

Queridos hermanos todos:

Recojo el escrito de un periódico de ayer que decía: *“el día 31 de agosto se cumplen 75 años de la construcción del pueblo de La Vid que nació para dar cobijo a los vecinos del antiguo municipio de Linares del Arroyo, en la Provincia de Segovia, que fue inundado para dar paso al pantano de Linares”*. Y subrayo otra frase del mismo periódico: *“fue un trauma para muchos”*.

Efectivamente, celebramos los 75 años del nacimiento de esta villa y en algunos de vosotros recuerdos y sentimientos contrapuestos se mezclan y anidan en vuestra memoria y en vuestro corazón.

¿Peregrinos del destino? ¿de los intereses? ¿del bien común? Sabemos que llegaron aquí nuestros padres, hermanos, y algunos de vosotros. Sucedió como cuando salimos del seno de la madre e iniciamos el camino en un nuevo mundo. Y así se forjó la unión entre los dos lugares. Hoy, nos sucede como al hijo o a la hija que no pueden separarse sin dolor de quienes les engendraron y, así, tampoco vosotros originarios de Linares ni nosotros vitenses podemos separarnos de ese lazo de unión que es parte de nuestra vida.

La historia se puede leer y entender de muchos modos. Es más, cada uno la vivimos e interpretamos de maneras diferentes. Hoy, aquel 1949 nos queda cerca y lejos. Entonces fue futuro. Hoy, ya es pasado. Esto es lo primero que aprendemos desde que nacemos, que el tiempo no se para y que somos víctimas del tiempo y del espacio. Ya lo decía el gran filósofo

Martin Heidegger en su obra “ser y tiempo”. Esa es nuestra gran pobreza y, a la vez, nuestra riqueza.

Caminamos, vivimos, pasamos por un mundo que es nuestro y de otros, que nos pertenece pero que se nos va. Es como el agua que cogemos en las manos, la sentimos pero se nos escapa entre los dedos. Esa experiencia vivida por algunos de vosotros hace 75 años nos enseña mucho y escuchar vuestros testimonios y conocer vuestros sentimientos nos ayuda a compartir, a vivir juntos, a recordar y a soñar... (Eso nos enseña el libro de Montserrat Iglesias “La marca del Agua”. Ya el título en sí mismo es un libro entero).

Conozco lo que significa cambiar de casa, de país, de residencia, de compañeros, por eso aprecio el sacrificio de estas personas, de nuestros abuelos, padres y hermanos. Entregaron lo mejor de ellos mismos para que nosotros tuviéramos una vida no sé si más fácil, cómoda o mejor. Pero ellos nos la entregaron con su sacrificio.

También yo soy una parte de esta historia y mis recuerdos de La Vid, de mi niñez, de mis compañeros y amigos de escuela, de mis padres y hermanos, de mis vecinos y de todas las personas que he conocido de este lugar me son muy queridos, los llevo siempre en mi corazón. Recuerdo con gran cariño a cada uno de los habitantes de este lugar y aún recuerdo el nombre de las personas que vivían en cada casa cuando yo era niño. Puedo decir que hoy La Vid es una villa conocida en todo el mundo por muchas personas.

Deseo que nuestra Eucaristía, que significa “dar gracias”, sea una expresión de nuestro agradecimiento a quienes sufrieron y sufristeis, primero, al salir de Linares; y gozaron y gozasteis después en este lugar. Muchos ya no están aquí (entre ellos mis padres). Estas personas nos precedieron en el camino hacia la Vid y nos han precedido en el camino

hacia la vida eterna. Deseamos volver a encontrarles algún día para abrazarles y decirles: “Gracias!”.

Pero esta celebración no sólo es memoria, ni sólo agradecimiento hacia tantos seres queridos, es una profunda enseñanza hacia nosotros, seres humanos, que estamos en camino.

Con san Agustín podemos repetir que “nuestra Patria no está aquí, que somos extranjeros en este mundo, y que somos peregrinos hacia la Vida Eterna, hacia el encuentro con Dios, donde está la verdadera Patria”.

¡Es la mayor de las verdades! Desde que nacemos sabemos que estamos abocados a salir de esta tierra. Sabemos que nuestra vida es una peregrinación y que tiene un final. Esto también nos provoca una cierta ansiedad y nos lleva a hacernos muchas preguntas: y ¿después? ¿La nada o una nueva vida completamente diferente? Sólo el inmenso AMOR de Dios puede dar respuesta a la finitud de nuestro ser. Sólo lo Infinito y lo Eterno pueden satisfacer la sed del ser humano... ¡Eterno! ¡Infinito! En esta iglesia, donde estamos presentes, multitud de veces aparece el número ocho. Incluso los lados de la cúpula de la iglesia, si miráis hacia arriba, son 8. El infinito es el significado del 8. Ya los monjes premostratenses que habitaron este monasterio sabían, como nosotros, que estamos llamados al infinito.

San Agustín tuvo una intuición maravillosa y llegó a decir: “*Grande eres, Señor, y muy digno de alabanza¹; grande tu poder, y tu sabiduría no tiene medida...* Con todo, quiere alabarte el hombre, pequeña parte de tu creación. Tú mismo le excitas a ello, haciendo que se deleite en alabarte, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti”. Descansar en Él. En el Amor. En Dios.

El sentido de nuestra vida es ser peregrinos. Pero “peregrinos de esperanza” porque la esperanza no defrauda. “En el corazón de toda persona -escribe el Papa- anida la esperanza como deseo y expectativa

del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana. Sin embargo, la imprevisibilidad del futuro hace surgir sentimientos a menudo contrapuestos: de la confianza al temor, de la serenidad al desaliento, de la certeza a la duda. Encontramos con frecuencia personas desanimadas, que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad”. Somos peregrinos de esperanza. Despojémonos de tantas cosas que nos sobran y nos hacen pesados, de manera que sólo nuestro amor sea nuestro peso (Conf 13, 9, 10) para poder así ascender más ágilmente hacia la eternidad.

Estas tierras castellanas, a la ribera del Duero, con sus chopos, sus encinas y enebros que otean desde los pequeños montes cada anochecer y ven cada amanecer, los viñedos, nogales y almendros, incluso cerezos, fueron testigos hace 75 años del comienzo de una nueva historia. La historia nos enseña a mirar hacia el futuro y así aprendemos que el ser humano está llamado a vivir siempre en un continuo morir y renacer. Porque como dice el poeta: “Caminante, no hay camino, se hace camino al andar”.

Hacia siglos que estas tierras ya existían con sus habitanes, pueblos cercanos ya habitados (conocemos la historia de Penaranda desde el siglo X), algunas casas y el Monasterio, en el pasado Premostratense y hoy de la Orden de San Agustín.

La memoria del encuentro de quienes aquí vivían con quienes vinieron de fuera nos ayuda a valorar la importancia que en la vida del hombre tiene el caminar juntos, unidos hacia el futuro, en COMUNIÓN. Más importante que los lugares, somos las personas, y no sería una verdadera celebración si no nos propusiéramos ahondar y reforzar nuestra comunión. Sabemos que la relación entre las personas no es fácil. Cada uno pensamos de una manera y es muy justo y bello pero debemos luchar por una “verdadera comunión” entre todos.

La comunión debe ser el signo de nuestra vida. El signo de que realmente nos queremos. El signo del encuentro. San Agustín nos ayuda a entenderlo y nos dice que no puede haber comunión ni amor entre nosotros, ni unidad sin la caridad, es decir sin el perdón, sin la comprensión del otro, sin la humildad. Dice san Agustín: **“En lo esencial unidad, en lo no esencial libertad, en todas las cosas caridad”**. La comunión sólo puede ser fruto de la búsqueda del bien común. No nos busquemos a nosotros mismos, no nos creamos más de lo que somos sino que sepamos disminuir cada uno para ayudar a los otros a crecer. El egoísmo nos lleva a la muerte. La generosidad y la caridad a la vida. Pido a Dios que nos bendiga con su amor y llene nuestros corazones de paz, serenidad y fraternidad. Que el recuerdo de nuestros seres queridos nacidos en Linares y en La Vid nos sirva de fuerte compromiso para seguir creando vida y una vida en comunión.

Ahora queremos dar gracias por nuestra querida villa de La Vid. Hace 25 años, en la Eucaristía que ofrecimos en acción de gracias por los 50 años del nacimiento, recordaba cosas que ya no existen como los lavaderos comunes del pueblo, las escuelas, los caminos no asfaltados... aquellos primeros años muy distintos a los de hoy. Hoy el aspecto y los servicios son mejores que entonces y algunas actividades distintas. Muchas personas habéis colaborado para lograr que La Vid sea un lugar bonito, agradable y atractivo, donde todos podamos sentirnos bien.

Recuerdo a todos aquellos que venidos de Linares o nacidos aquí han fallecido. Pero también debemos y queremos recordar a quienes nacidos en Linares, fallecieron allí. Los restos de nuestros antepasados que permanecieron en el cementerio de Linares sin poder exhumarlos y traerlos con nosotros, fueron causa de lágrimas y aún hoy siguen causándonos dolor. Unos y otros, forman parte de nuestro corazón. Cada uno de ellos, todos, nos han dejado algo. Nos han dado amor y vida. Presento mi ofrenda por ellos ante el Padre. Ojalá un día podamos volver

a abrazarles y gozar junto a ellos de ese amor eterno que todos deseamos alcanzar. Linares para nosotros es algo más que un simple recuerdo y La Vid mucho más que una maravillosa villa.

Pedimos y queremos que nuestros jóvenes, que son nuestro futuro, vivan cada vez mejor y con un fuerte compromiso de construir comunión y unidad. Son generaciones nuevas, a quienes va a tocar vivir un mundo muy diverso al nuestro. Os deseamos todo lo mejor. Sólo os pedimos que cuando vengáis aquí, celebréis con gozo y esperanza la vida que nuestros antepasados nos dieron y que hoy vivimos juntos.

Un enorme agradecimiento a quienes se han encargado de preparar tan digna fiesta y la celebración del septuagésimo quinto aniversario de la villa.

Qué la Virgen de Linares, la Virgen de la vid y La Virgen del Monte extiendan su manto sobre nosotros y nos cobijen siempre con su amor de Madre. Y qué San Juan Bautista y San Agustín sigan intercediendo por nosotros ante el Padre. Amén.

La Vid, 31 de agosto de 2024

P. Alejandro Moral Antón, OSA (vitense, 1955)